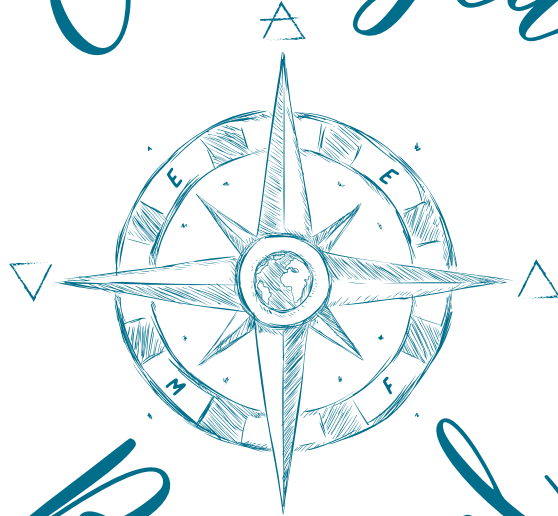


Cata Droguett

*Ecología*



*Personal*

Que tu planeta interior sea tu brújula

DIANA

## CAPÍTULO 1

### El origen

Nací en Chile, en una población llamada Juanita Aguirre, en la comuna de Conchalí, zona norte de la ciudad capital. Mi mamá, dueña de casa, mujer emprendedora y sostenedora de hogar, siempre se las rebuscó para materner y a la vez generar ingresos para la familia. Del mismo modo, mi papá, en su sacrificado oficio de chofer, pero músico de alma y corazón, siempre vivió en torno a su gran amor: la batería y las percusiones.

Tengo dos hermanos, que en aquel tiempo por su poca diferencia de edad, parecían mellizos. Además, siempre estaban juntos. Hoy, con el pasar de los años, cada uno posee su luz propia y se han convertido en hombres maravillosos.

También estaban muy presentes nuestra abuela paterna María Luz, que partió a otro plano el reciente 2021, y el abuelo Raúl, un sabio cuya paciencia y templanza me conmueven hasta hoy. Ellos nos entregaron innumerables enseñanzas, contención, amor y muchas lindas experiencias que quedarán para siempre en nuestro corazón. A nuestro alrededor estaban también nuestros tíos y primos queridos, y obviamente es imposible olvidar cuando se habla de niñez, las mil generaciones de mascotas integrantes

de nuestra familia: perros, conejos, pollitos, tortugas y tantos más que nos acompañaron como parte del clan y alegraron esos años en nuestra casa en Conchalí.

En mi barrio, ubicado en la periferia de la ciudad en una zona muy modesta y humilde, nada sobraba. Nos la rebuscábamos para vivir lo mejor posible y optimizar al máximo nuestros recursos. Ahí fue donde aprendí a conocer a la “Señora Sustentabilidad” y sus 3R que, sin saberlo yo en ese momento, se transformaría en un eje central de mi vida futura.

Existen conceptos que ahora están muy de moda, y a los que denominamos en jerga moderna —e incluso un poco siútica— como *Upcycling*, Reutilización, *Second Hand*, Reciclaje, Economía circular, Comercio justo, y tantos otros. En realidad, no son más que las herramientas básicas y obvias que se practican a diario en la vida de cualquier barrio o comuna, en donde hay que optimizar los recursos disponibles y reutilizar al máximo. En esos tiempos, ser sustentables era algo que hacíamos por inercia y sin ser muy conscientes de ello. Era lo normal, era como nos habían enseñado a vivir los abuelos, las abuelas, los antiguos que estaban en sintonía con una vida más sencilla, más pausada, menos demandante y con más tiempo.

Si se compraba un par de zapatillas para el hermano mayor, cuando crecía el pie del primer dueño, se limpiaban, se les ponía renovador blanco y eran heredadas por el hermano o hermana menor, y luego por algún primo, prima, hijo o hija pequeños de alguna vecina. Así, se les daba una segunda, tercera y cuarta vida. Las prendas se reparaban y reutilizaban todas las veces que el material o la tela lo permitieran. Además, en esa época provenían de una industria que fabricaba con alta calidad. La industria actual practica el culto a lo desechable o “moda rápida” o

*fast fashion*, cuya motivación es que compremos cada vez en mayor cantidad y a un costo monetario menor, sacrificando calidad, durabilidad y obvio, fabricada en base a un proceso productivo destructor de personas y ecosistemas. Una industria que lanza más de cincuenta colecciones de ropa al año para que consumamos sin parar y que ha convertido a la fabricación textil en la segunda más contaminante del planeta, después de las petroleras.

Mi abuelita materna Inés, de quien también quiero hablarles, fue una visionaria del mundo de la moda sustentable. Ante la necesidad de crear ingresos en los años noventa, decidió emprender acá en Chile, en su barrio, haciendo su pyme de lo que hoy llamamos *second hand*, pero que en esos tiempos se le llamaba venta de ropa usada o ropa americana. Ella iba todas las semanas a escoger y comprar ropa a la calle Bandera, en el centro de Santiago. Pasaba horas y horas escarbando entre los inmensos fardos de ropa usada que llegaban desde Estados Unidos y otros países “desarrollados” hasta este país del fin del mundo. Escogía con cariño y “ojo clínico” lo más bonito para sus clientes, sin saber que con su trabajo aportaba como una prematura agente de cambio positivo para el planeta, promoviendo la reutilización de la ropa, invitándonos a darle una segunda, tercera y cuarta oportunidad a las prendas y de paso cuidando al medioambiente del gran impacto contaminante que genera la indiscriminada y antiética producción de ropa rápida, que sacrifica a diario la vida de mujeres, niños y animales.

En aquellos años el negocio de la ropa usada no era muy bien visto en Chile. De hecho, había gente que encontraba “rasca” u “ordinario” comprar ropa de segunda mano. Existía una condena social. Sin embargo, la abuela Inés no desistió ante la ignorancia de la gente y ayudó por

años con su trabajo. Primero, desde lo social, a que muchos tuvieran acceso a una prenda de buena calidad a un valor más económico; y segundo, a reducir una huella letal que deja en nuestra Madre Tierra la producción de ropa. De mi abuela recibí mis primeras lecciones sobre este tema, que constituirían en un futuro gran parte del contenido de mis múltiples reportajes en televisión para canales como CNN, tema clave en mis charlas y conferencias y ahora también en este libro. ¡Gracias, abuela Inés, fuiste una seca!

Conocer de donde viene tu ropa, quién la hizo y en qué lugar del mundo, es parte de tener consciencia global de los recursos naturales. Te invito a que te informes y cambies tu paradigma sobre el consumo de ropa, e incorpores el concepto de moda consciente: si realmente **necesitas** comprar algo —muchas veces no lo necesitamos—, puedes elegir prendas con una fabricación más lenta y respetuosa con las personas, con el impacto que genera su producción en el medioambiente y los animales. Además, estas prendas tienen mejores estándares de calidad, por lo que probablemente serán eternas en tu closet.

La moda es una forma de expresarnos. Cuando compras ropa de segunda mano, estás cuidando el planeta, ahorras dinero y de paso podrás adquirir prendas únicas, *vintage*, de alta calidad, que te harán lucir con una onda súper *cool* y estilo único. De hecho, en este preciso momento estoy escribiendo desde un avión, luego de haber sido invitada como conferencista de la “Semana de la moda sostenible 2021” en la ciudad de Villa de Leyva, en Colombia. Es un evento espectacular, organizado por la comunidad Universo Mola, dirigida por mis queridas Doris Helena y Valen Suarez, donde se presentaron múltiples expresiones y colecciones de diseñadores y diseñadoras de toda Latinoamérica. Queda demostrado que podemos fabricar moda

de manera respetuosa con el medioambiente, con los seres humanos y con la cultura de nuestras etnias.

Acá les comparto algunas cuentas de Instagram que pueden seguir para conocer más sobre este tema:

**@fashionrevolution**

**@francamagazine**

**@quinta\_trends**

**@rehabcl.cl**

**@reparalabchile**

**@ropantic**

**@universomola**

Si quieres comprar algo nuevo, también hay muchas opciones sostenibles. Siempre pregúntate antes de caer en tentación de comprar: ¿realmente lo necesito? Y si la respuesta es sí, revisa y lee las etiquetas de lo que vas a adquirir, chequea quién y donde se hizo la prenda y bajo qué condiciones laborales. Que no te asombre, por ejemplo, la inconsecuencia de encontrar a la venta una polera con un mensaje feminista estampado, elaborado por una mujer en oriente, en condiciones laborales deplorables con pagos y tratos indignos. ¿Crees que comprar eso es consecuente? Claramente, NO. Es importante que entiendas que si compras esa polera de producción poco ética te transformas automáticamente en cómplice y estás avalando todas las malas prácticas de la empresa y la industria que las produce en serie.

Hoy existen múltiples movimientos que promueven la moda consciente, muchos son articulados por mujeres que, como mi abuela Inés, vieron en la moda una forma de trabajo que debe reinventarse para ser sostenible en lo social, ambiental, económico, cultural y espiritual. A eso le llamamos quintuple impacto.

*La cantidad de agua que se usa para fabricar un solo par de jeans es la misma que una persona necesita para beber durante siete años de su vida.  
¿Cuántos jeans tienes en casa?*

Volviendo a las abuelas. Debo mencionar que ambas eran muy cuidadosas con el agua. Por ejemplo, a la hora de limpiar la cocina, ellas hacían en un balde la “lavaza o jaboncillo” para desengrasar, y en otro balde, el agua para enjuagar. Así ahorran miles de litros de agua, cuidaban el bolsillo, y no existía eso de dejar la llave o grifo corriendo.

Plantar tus propias hierbas medicinales, como menta, llantén o cedrón era un clásico, de hecho, mis padres siempre nos sanaban el dolor de estómago con hierbas. No existía el culto a la farmacia o droguería, ni a los doctores y píldoras para resolverlo todo. Se entendía que la naturaleza nos entregaba la sanación necesaria y que si conectábamos con ella, podríamos curarnos. Más adelante les compartiré un glosario base de hierbas medicinales que pueden incorporar para evitar el uso excesivo de pastillas.

Fui bien feliz en mi barrio, con mis vecinos, me la gocé mucho en esas calles sin pavimento, saliendo a comprar a la feria y a los almacenes con mi mamá o mi abuela para el almuerzo, andando en bicicleta todo el tiempo y sobre todo disfrutaba esa sensación de que todos nos conocíamos y éramos familia. Obviamente existían conflictos propios de la convivencia humanoide, pero en mi barrio

siempre sentí que estaba rodeada de gente sencilla, digna y buena.

Un día llegó el momento de salir del barrio, de la burbuja, al mundo exterior. Mis hermanos y yo ya estábamos entrando a la adolescencia, y comencé a vivir por primera vez los estigmas sociales, las discriminaciones y trabas que implica tener un origen humilde. Además, se sumaban todos los sesgos y brechas de género que experimenté por ser mujer. En una sociedad tan aspiracional como la chilena, el barrio donde naciste y te criaste, la escuela donde estudiaste, tu apellido y la profesión de tu padre y tu familia es información clave. Te determina y es casi una carta de presentación que te puede abrir —o cerrar— muchas puertas. Yo tenía todo en mi contra, ya que básicamente no era nadie.

En aquellos años yo ignoraba que lo que en ese entonces me parecía una gran desventaja para enfrentar el mundo y triunfar, se transformaría con el tiempo en una de mis mayores fortalezas. Y también puede ser la tuya, cuando decidas encontrarte con tu origen, abrazarlo, honrarlo y resignificarlo. Siempre hay un motivo, por algo escogiste nacer donde naciste, por algo escogiste esa situación, esos padres y esa historia. No es más que parte del camino, preparándote para lo que se viene.

Crecí y me transformé en una adolescente, con las espinillas y temas propios de la edad, inquieta y siempre en una constante reflexión y búsqueda de “algo” que en ese momento era incapaz de definir por mi corta edad y experiencia, pero que con el tiempo la vida y su caminar lograrían aclarar.

Con mucho esfuerzo, me convertí en la primera generación de mi familia con estudios universitarios. Logré



cumplir el sueño de graduarme como Periodista y Licenciada en comunicación social, ¡con honores!

Claramente, lo mío desde pequeña era la comunicación. Es imposible no mencionar en esta parte de la historia a mis padres, que siempre me han apoyado en mis sueños y me dieron una gran educación basada en el respeto, el amor y en “creerte el cuento” Para mí, queda demostrada la importancia de la arenga positiva en la primera infancia (0-7 años) para avanzar en la adultez. Si no tuviste ese apoyo, tranqui; más adelante abordaremos el trabajo que puedes hacer con tu niña o niño interno. De manera más que especial, agradezco a mi amada abuela paterna María Luz, quien siempre estuvo conmigo y me acompañó con sus sabios consejos, sus maravillosas comidas y sabores y siendo siempre mi fan número uno. Tengo muchos recuerdos de pequeña en la cocina de la casa de mi abuela o en su pieza, sentada en su tocador lleno de cosas que atraían toda mi curiosidad, donde ella me regaloneaba y me decía: “Usted va a leer las noticias en la tele, igual que la Cecilia Serrano” (una destacada figura televisiva de los años 80’s en Chile). De hecho, he trabajado varios años en televisión, pero no me gustó mucho eso de leer noticias y las áreas de prensa, porque considero que se ha convertido en un negocio para meterle miedo a la gente. Pero en fin, no es el tema que nos convoca hoy, así que no entraré en más detalles.

Decidí arriesgarme y llevar a la televisión contenidos más *under* para esa industria y hace más de quince años hago programas de manera independiente, cuyo eje central es la sustentabilidad y vida consciente. Espacios vinculados a mi misión y compromiso con el cuidado de la Madre Tierra y sus habitantes, visibilizando con mis notas y entrevistas a miles de ecologistas.

Mi abuela María Luz no pasaba desapercibida, sin términos medios, era una de esas mujeres-huracán, para bien y para mal. ¡¡Uff!! Inspiradora, empoderada, de esas que marcaron pauta y abrieron caminos para que hoy nosotras podamos ocupar muchos espacios que antes eran impensados para la mujer. Mi abuela fue simplemente motivación y amor incondicional en mi vida. En este camino de reencontrarme con mis raíces y con mis ancestros y ancestras, aprendí que honrar a nuestras abuelas y nuestro linaje femenino otorga una visión mucho más amplia sobre quienes somos. Hoy mis abuelas no están en el plano físico conmigo, así que hice un altarcito en mi casa con fotos de ellas, con flores y aromas ricos, velas y gemas. Las recuerdo y conecto con ellas siempre, porque me ayudan a regresar a quién soy y de dónde vengo.

En esa época veinteañera de mi vida algunas buenas personas, pero llenas de creencias limitantes y probablemente con miedo a que me fuera mal, a que fracasara, sufriera y me ilusionara con algo que no lograría, me decían que había elegido una profesión en la cual jamás podría trabajar o tener una oportunidad. Que el periodismo y las comunicaciones eran espacios donde era muy difícil llegar, espacios para gente y familias bien conectadas, pertenecientes a la élite chilensis, los típicos “apitutados” como se dice aquí, o gente que venía con una muy buena educación de base, algo a lo que obviamente yo no tuve acceso, ya que la educación pública en mi país es pésima. Y sí, efectivamente el mundo de los medios de comunicación —al igual que muchos otros—, es muy competitivo. No basta con el talento, también hay que tener una cuota de... llamémosla suerte y de “movida”. No saben cuántas veces mandé mi currículum y credenciales para postular a trabajos en medios de comunicación y era rechazada simplemente

cuando leían de qué barrio venía. Solo con eso ya se hacían una imagen de mí, de mi entorno, me ponían una etiqueta, un estigma. Esto es muy común en Chile y siempre lo cuento en mis conferencias; el público se ríe nervioso porque saben que hemos alimentado un sistema en donde no nos damos la oportunidad de conocer a la otra persona, tenemos una forma de evaluar sesgada y obsoleta que debemos cambiar. Etiquetar a una persona a primera vista te quita la gran oportunidad de conocerla.

Sin importar el contexto anterior, siempre fui y soy una convencida de que cuando uno es “busquilla” y tiene ganas, hambre, pasión, disciplina y propósito, se las arregla como sea para cumplir sus objetivos. Yo tuve la fortuna de nacer en un lugar en donde nos enseñaron a enfrentar todo tipo de obstáculos y mis padres cultivaron siempre mi autoestima, sobre todo mi madre, que me guio mucho en la niñez, me contuvo y me hizo sentir que era la niña más valiosa del planeta, lo que implica también poner límites y saber decir que no.

*Tú eres un alma que está  
aquí para evolucionar y  
nada exterior te define.*

## **Lugar y momento indicados**

Un buen día —en donde probablemente de manera inconsciente decreté que la suerte se pondría a mi favor—, salí con una amiga de “carrete”, sin más expectativas que pasarla bien, bailar y conocer gente. Jamás imaginé que en ese

mismo lugar me toparía por azar —¿o no?—, con un alto ejecutivo radial extranjero, que desde su mesa escuchó mi voz cuando hablaba con unos amigos y de manera casi cinematográfica —porque esto es como de película—, se acercó a nuestro grupo de amigos. Se presentó, me dio su tarjeta y me ofreció grabar un “demo”, algo así como un programa piloto breve, a modo de prueba o *casting* para un espacio nuevo de radio que lanzaría el conglomerado internacional donde él trabajaba.

No lo podría creer. Estuve varios días en “modo avión”, pensando ¿qué onda esto? Me pasé miles de rollos preparando el autoboicot en mi mente, sin entrenamiento en esos años, en donde resonaban todas esas creencias limitantes arraigadas: que no lograría tener una oportunidad en el mundo de las comunicaciones, que eso no era para mí, que yo no era suficiente y todas las inseguridades que reinaban en mi cuerpo mental. Finalmente, me llegó una llamada de la secretaria del ejecutivo radial solicitando mi *casting* porque ya iban a cerrar la convocatoria para escoger a la nueva voz de la radio. Cuando me di cuenta de que era algo real, formal, profesional y que quizás esto ¡¡uyy!! podría pasar, ¡CSM! Obviamente, corrí y me permití la ilusión, grabé lo solicitado con todo el *power*, pidiendo ayuda a unos amigos de la universidad que tenían un estudio radial súper “artesa”, tecnología cero, pero que igual era funcional. De hecho, recuerdo que el material que usaban en el estudio para aislar las paredes del sonido externo, eran ¡cajas de huevos reutilizadas! —como verán, la sustentabilidad siempre ha estado presente en mi vida, jajaja—. Me la jugué con todo y le puse talento, como si estuviera grabando en el estudio de Dua Lipa, e hicimos ese piloto que cambiaría el rumbo de mi vida para siempre.

El demo estaba listo y lo envié a la radio para postular al *casting* y quizás convertirme en una de las conductoras centrales del *staff* de locutores profesionales de la emisora top del momento. Sonaba bakan, ¿cierto? Pasaron alrededor de quince largos días, en donde no hubo novedades ni señales de nada.

En una tarde que jamás podré olvidar, llamaron a la casa donde vivía con mis papás. Era teléfono fijo, estábamos sentados a la mesa del comedor en la cocina, tomando once a eso de las siete de la tarde. Sobre la mesa había pan hallulla y marraqueta, tomate picado con ajito, mantequilla, té y la tele estaba prendida con la teleserie de moda, parece que era *Machos*, en fin... Yo comía un pancito con la palta orgánica que habíamos cosechado de nuestro bondadoso árbol del patio y mi hermano se levantó “rajao” a contestar la llamada telefónica, como siempre hacía para molestarte. Regresó a la mesa y me dijo con cara de curiosidad: “Cata, te llaman de una radio”.

Se me apretó la guata, me puse muy-súper-híper-ner-viosa porque sabía que esa llamada podía cambiar para siempre mi destino. Pensé por un segundo que quizás la suerte se había cruzado en mi camino o yo había decidido tocarla —como dice un amigo de infancia—, y algo dentro de mí se encendió. A la vez, sentí que el tiempo se detenía. Caminé hasta el teléfono, los pasos eran interminables para llegar a tomar el auricular y contestar. La llamada era para avisarme que había sido ¡seleccionada! para conducir este nuevo espacio radial a nivel nacional como una de las voces centrales de la radio ¡¡¡No lo podía creer!!!

Regresé a la mesa, tomé nuevamente mi pancito con palta, le di una mascadita y, emocionada, les conté a mis

padres que tenía un nuevo trabajo y que pronto se lanzaría ¡mi primer programa radial a nivel nacional! Sus ojitos asombrados brillaron, estaban impactados y sabiamente —como han sido siempre— me transmitieron esa fe y confianza que uno tanto necesita de sus seres queridos, esa fuerza y empuje para hacerme sentir contenida y que todo estaría bien y que lo que vendría había que caminarlo “piola” y con tranquilidad. Seguimos tomando once y viendo la teleserie.

Esta nueva oportunidad tendría un gran significado en mi proceso e historia. Se transformó en mi pasaporte de salida del trabajo que tenía en ese momento y que realmente odiaba. En esos años trabajaba como promotora y vendedora *part time* en supermercados, contratada por diversas marcas de consumo masivo, entregando muestras de detergentes, quesos, galletas, jugos, *snacks* y cuanta cosa se puedan imaginar, para sustentar mis estudios y gastos en ese momento. Eran horas de horas en micro o bus para llegar a ese trabajo, en donde tenía que estar vestida con unos trajes ridículamente incómodos, de pie, con tacones, entre ocho y doce horas diarias... Mis pies recién ahora se han logrado recuperar de eso. En ese lugar reinaba un ambiente muy hostil, olía a desesperanza, frustración, a desamparo y sobre todo, a conformarse con lo que hay, algo a lo cual siempre he sido alérgica. A pesar de que no me gustara, “es lo que me tocó”. Yo siempre miraba esto con rebeldía y tenía la certeza de que por algún motivo estaba ahí, aunque en ese momento no pudiera verlo —terminé fundando una de las empresas de marketing más destacadas de Chile, pero eso viene más adelante.

Mucha gente entraba al supermercado en familia solo a comer, iban dos o tres veces al día, otros entraban a robar comida para su familia, otros iban a pasar las horas nada

más, no era extraño ver a una señora fina también robando para nutrir su cleptomanía. Pasaban muchas cosas e historias invisibles para quienes solo van y compran.

Soñaba todos los días con salir corriendo de ahí y que la vida me diera solo una, “unita” oportunidad para jugarla con todo y encaminarme hacia mi destino, a lo que vine a hacer a este mundo, lo que amo. Fueron tiempos difíciles en los que pasé muchas cosas. Recuerdo una vez que mi papá me tuvo que ir a ayudar, porque había un supervisor que obligaba a que las “cabras” se cambiaran de ropa en un espacio donde él podía mirar y “sapearnos” junto con otros hombres supervisores del lugar. Realmente, uno de esos HDP que toda mujer lamentablemente se ha topado en su camino. Yo tuve la valentía de revelarme, la peleé y denuncié por mí y por mis compañeras. Yo tenía apoyo, pero otras lamentablemente por necesidad seguían callando y de seguro lo hacen hasta hoy. A veces pensaba que no saldría jamás de ahí. Fue un camino largo que me hizo dejar la burbuja de mi casa y que hoy, con distancia, agradezco haber tenido que empoderarme y tomar la decisión de salir adelante. Sin duda, forjaría mi carácter para enfrentar lo que se vendría en el futuro.

Si en este momento estás pasando por algo similar, no desistas de tus sueños ¡jamás! Encuentra la forma de salir de la situación en la que estás, siempre hay una manera. Es importante que inviertas en ti, que seas la primera persona que cree en ti, que seas tu fan número uno. Jamás es tarde, toma acción y empodérate de tu ser y tu Ecología Personal. Transfórmate en activista de la que será la causa más importante de tu vida: SER FELIZ.

## Nuevos aires

Cuando has nacido para algo o estás hecha para algo, las cosas fluyen. Pero ¡ojo!, también debes hacer que sucedan, y es por eso que desde el encuentro con tu **Ecología Personal**, vamos a aprender a hacerlo juntos, despertando y poniendo en práctica un método que te conectará contigo, tus talentos y tu propósito de vida personal, que también será colectivo.

El mejor momento para reutilizar todo lo bueno y reciclar todo aquello que ya no te sirve es **hoy**. Y no me refiero solo a lo externo, sino que a lo que llevas dentro de ti. Está claro que el mundo cambió y que la pandemia ocasionada por el COVID-19 si bien es cierto que nos trajo muchos miedos, dolores y pérdidas, también nos ha dejado muchos regalos y oportunidades para replantearnos en todo el sentido de la palabra. Un claro ejemplo es el concepto del teletrabajo, una herramienta muy poco validada antes de la pandemia y que hoy ha triplicado su propuesta laboral en el mercado y te permite trabajar desde el lugar del mundo que tú quieras, sin tener que asistir a una oficina físicamente. De hecho, yo implementé el formato de “*workcations*”. Con esto no estoy diciendo que asistir a una oficina física sea malo, cada persona tiene sus opciones y sus preferencias. Solo te comparto que hoy tienes todas las oportunidades sobre la mesa. Imagínalas como el menú de un restaurante en donde cada cual escoge lo que desea comer. ¿Tú qué vas a pedir?

Te invito a que apartes un espacio en tu ajetreada vida y tengas esa conversación contigo mismo. Que te preguntes si efectivamente estás haciendo todo aquello para lo cual naciste y viniste a este mundo. Eso que te mueve, te ilusiona y te satisface por completo y que, ojo, no está exento



de desafíos diarios; no es Disney. No hablo de vidas perfectas —porque no existen—, sino de vivir-viviendo y no aletargados por una rutina impuesta por un sistema social y económico caduco, con un trabajo que nos adormece o que incluso odiamos y nos hace despertar con frustración y de mal humor. Como consecuencia podrías llegar a enfermarte, porque tus emociones están en crisis. Un trabajo que tiene como fin solo producir, producir y producir para recibir un sueldo o dinero cada fin de mes para comprar cosas, que —si te pones a pensar— en un 60% son innecesarias... es algo bastante cuestionable, sobre todo si esas cosas materiales, además de costarte todo tu tiempo y energía, para ser elaboradas aumentan excesivamente la demanda de recursos naturales de nuestra Madre Tierra, llevándola a un sobregiro ecológico total que hoy nos tiene necesitando casi dos planetas Tierra.

No me deja de impactar un estudio que leí hace un par de años que decía que alrededor del 70% de las personas no trabaja en lo que les gusta. Eso me parece grave y absolutamente destructivo para nuestra Ecología Personal. De hecho, yo lo experimenté varios años y creo que es parte del camino. En mis primeros años laborales tuve que tomar múltiples trabajos para poder sobrevivir, comer y pagar las cuentas, que son las tres cosas básicas que uno necesita para independizarse. Pero ¿sabes? eso no puede ser para siempre. Si estás dentro de ese 70% de personas infelices con su forma de ganarse la vida, ya es tiempo de salir de ahí, y estaré feliz de acompañarte con mi experiencia y que construyas también tu propio viaje hacia el destino que te mereces y anhelas.

Nos metieron en la cabeza que para lograr ser felices el camino debía ser súper duro, esforzado y doloroso. Hay una especie de culto al dolor y al sacrificio. Tengo certeza

de que Dios, el Universo, la Fuente o como gustes llamarlo según tus creencias, no nos puso acá para ser mártires, ni víctimas ni victimarios. Estoy convencida de que estamos en un proceso de crecimiento y evolución colectivo, en donde el viaje interior es la primera estación para, luego de estar sanos, impactar positivamente al resto de los seres y nuestro entorno.

El primer día que me senté en ese estudio radial a conducir mi primer programa a nivel nacional, fue como si todo lo anterior me hubiera preparado para estar ahí: para comunicar, hablar con los auditores, subirles el ánimo, tirarlos “pa’riba”, acompañarlos, informarlos, programar sus canciones favoritas, escuchar sus llamadas y conversar al aire. Era todo lo que había soñado y la motivación me alimentaba el corazón de una manera que no había experimentado jamás. La radio es un medio que entrega mucho servicio social y que te permite llevar alegría a miles de personas en sus hogares, muchas veces llenos de carencias, violencia y frustración. De hecho, en mi barrio cuando era pequeña se escuchaba mucho a un locutor emblemático y muy conocido en Chile que se llama Pablo Aguilera en la Radio Pudahuel. Los niños crecimos escuchando las historias que contaba junto a su fiel audiencia en un programa que existe hasta el día de hoy. Con los años y las vueltas de la vida, trabajé en esa misma radio conduciendo el matinal de la emisora junto a mi querido Juanito La Rivera y pensaba cada día que salíamos al aire, en esas casas que como la mía se acompañaban con nosotros y lo importante que era para esas personas nuestra presencia en el dial. Éramos parte de sus familias, sus amigos. El locutor o locutora es una especie de sicólogo autodidacta, que mientras suena la música está al teléfono escuchando las historias más insólitas que

te puedas imaginar de sus auditores —eso da para otro libro (¡cuéntenme si les tinca!).

Gracias a esta experiencia pude hacer lo que me apasionaba: ejercer mi carrera como comunicadora y periodista, conocer y entrevistar a múltiples personajes públicos como Enrique Iglesias, Ricardo Montaner, Cristián Castro, Marco Antonio Solís, etcétera. También, viajar y proyectar una carrera profesional en el mundo de los medios de comunicación masiva en Chile y Latinoamérica. Obviamente no todo fue color de rosa. Muchas veces trabajé gratis, sin horarios y en este medio el día a día era muy competitivo. Había una constante sensación de estar ocupando un puesto tan deseado que siempre había alguien postulándose para estar ahí.

Recuerdo que había una famosa modelo y conductora en el *holding*, a la cual aparentemente no le pareció muy agradable mi llegada como nueva voz del *staff* de la radio, en donde hasta ese momento ella era la única mujer. Estando en una reunión de pauta con todo el equipo, yo ultra “pollo”, me preguntó: “¿Dónde compras tu ropa? Parece que no te das cuenta del lugar donde estás. Claramente es ropa de Patronato, ¿no? (un barrio de textil popular en Santiago)”. En esos años yo no sabía muy bien cómo defenderme de algo así, e ingenuamente llegué a la radio como una “Carmela”, con las trenzas y la canasta llena de ilusiones y ganas de hacer las cosas bien, vestida de Patronato, ¡y a mucha honra! Todavía no había hecho el viaje de encontrarme con mi autoamor y reafirmarlo al 100%, son años en donde tu aspecto físico y lo que opinan de ti los demás importa mucho. No entendí por qué le molestaba e importaba tanto el tema, siendo yo una recién llegada y ella incluso portada de revistas. Al pasar los días y salir mi programa al aire cada tarde, comencé a

darme cuenta que se desaparecía mi pauta de canciones, que los discos que tenía que poner no estaban en el orden del abecedario que correspondía en la biblioteca de discos. Al parecer, alguien no quería que hiciera bien mi trabajo. Me tocó “avisparme” y entender que no todas las personas me iban a recibir con los brazos abiertos y que debía protegerme y estar muy atenta. Y por sobre todo, hacer las cosas cada día mejor, como me habían enseñado en casa. Los contraataques no faltaron y las polémicas tampoco, ella estuvo seis meses más en la radio antes de que la despidieran.

Fueron más de diez años que le dediqué a mi amada radio, en combinación con otros trabajos periodísticos *freelance* muy vinculados a la música y el espectáculo que me llevaron a trabajar en mundos muy divertidos, llenos de todo y también faltos de mucho. Ya ahí, con veintitantos años, me preguntaba: ¿cómo es posible que personas tan famosas, que lo tienen todo, dinero, aplausos, belleza, casas enormes, finalmente estén tan deprimidos que pareciera que no tienen nada? ¿Qué es lo que pasa con ellos? ¿Qué es lo que les hace falta? No entendía.

Fue en la radio donde desarrollé mi primer proyecto vinculado al periodismo con conciencia del medioambiente, ecología, sustentabilidad y causas sociales. Fue desde la radio que decidí emprender y jugármela para producir y realizar el primer programa radial en Chile sobre estas temáticas, al cual bauticé como *Chile sustentable* y que ha tenido su recorrido por varias emisoras del país y prestigiosos canales de televisión, como la cadena CNN, que al día de hoy ya tiene doce años de trayectoria.

Este espacio me enseñó la importancia de empoderarnos y apostar por nuestras ideas y proyectos. Presenté *Chile sustentable* en mil radios y canales de TV diferentes,

con la esperanza de concretarlo y sacarlo adelante. Fueron cuatro años recibiendo puros “NO” como respuesta. “Este tema es raro, no le va a importar a nadie”; “no prende y no tendrá patrocinio”; “por qué no haces otra cosa, qué raro esto de la sustentabilidad”; “eres una chica tan amorosa, por qué no haces un programa más en tu onda como de espectáculos o moda”... Y así, una larga lista que suma y sigue. Te cuento esto porque la mayoría de las personas desiste y deja de creer en sus proyectos de manera muy prematura, y eso es por falta de creer y confiar verdaderamente en ti y porque no estás consciente de que tienes el poder de la creatividad, que se concreta cuando te enraizas con el elemento Tierra, del cual hablaré luego.

*Sé fiel a tu visión.  
Si puedes verlo  
dentro de ti, es  
porque existe.*